

HERALDO DE MURCIA

DIARIO DE LA NOCHE

Año I.

Oficinas: Alfaro, 6, accesorio
Talleres: Saurin, 1.

DOS EDICIONES DIARIAS

Precios: Murcia, 1 pta. al mes
Fuera, 3 trimestre

Núm. 105

MURCIA 14 DE AGOSTO DE 1898

BUENA OCASION

Las próximas elecciones de diputados provinciales, ofrecen una ocasión propicia a un gobierno que inspire en la buena fe y en levantados móviles sus actos, para inaugurar un nuevo modo de ser en el funcionamiento de la máquina política de nuestro país.

Expuesta y demostrada la necesidad urgente de una regeneración nacional, pudieran constituirse aquellas un ensayo de elecciones verdaderas, de elecciones sinceras, de elecciones legales, un ensayo en que por vez primera se prescindiera de todos los chanchullos, de todas las falsedades, de todas las sofisticaciones que hacen de nuestro procedimiento electoral una farsa indigna y una repugnante y vergonzosa comedia.

Solo se necesitaba para ello, cumplir con honradez y hacer cumplir con lealtad la ley; impedir que ésta fuera deshonrada como lo viene siendo en cuantas elecciones en España se verifican: concebir y llevar a término la firme voluntad de prestar con el cumplimiento del deber un buen servicio a la causa de la moralidad pública.

Si después de las catástrofes presentes, coronadas con el protocolo de paz que acaba de firmarse en Washington, no se piensa aquí en una obra nacional regeneradora, será cosa de creer que es este un país irremisiblemente perdido, su mal un mal sin remedio y su desdicha una desdicha sin esperanza.

Habría que creer entonces que nuestra regeneración había llegado a extremos tales, que ni aun el poderoso impulso de tan tremendas catástrofes despertaban las dormidas energías del país; y que éste era un cadáver sin posible resurrección: Lázaro al que la voz de ningún Cristo podría decir para ser obedecido: Levántate y anda.

Si en medio de la situación presente, se pretende escarmentar al país con el espectáculo indecoroso de unas elecciones amañadas en los despachos de los gobernadores y en las tertulias de los coqueos, sería preferible a esto la franqueza de prescindir de tan inútiles como hipocritas formalidades, verificando por real orden el nombramiento de los futuros diputados provinciales.

De este modo, aunque con ello padecieran cuantos ansian hacer de España un país libre, con prácticas de nación celosa de su derecho y mantenedora de su soberanía, al menos se evitaría la burla deplorable a que equivalen nuestras vicciadas e insolentes prácticas de elecciones.

De Cartagena.

Sr. Director del HERALDO DE MURCIA

Mi estimado amigo: continúan marchando en los trenes numerosos viajeros, de los que estos días nos han favorecido con su presencia en esta, con motivo de la feria y toros.

En el tren mixto de ayer tarde marcharon entre otros D. Francisco Ruano Blazquez, el alcalde de La Unión D. José Maestro (este para San Javier donde veranea con su familia) y el director de ese periódico Sr. Bautista Monserrat con la suya.

Nuestro buen amigo el eminente oculista D. Demetrio Poveda, continúa en esta dedicado al ejercicio de su especialidad.

La consulta del Sr. Poveda, situada en la plaza de los Caballos, núm. 10, principal, se ve frecuentadísima por la numerosa clientela que en Cartagena tiene el afamado especialista.

Este permanecerá en nuestra ciudad hasta mediados del próximo mes de Septiembre.

La noticia de la traslación del penal de esta plaza, no ha producido aquí ni con mucho gran sensación.

Opinan unos que dicha traslación no origina perjuicios de ninguna clase a Cartagena, antes por el contrario favorecerá a determinadas industrias, a las que se hacía en aquel una competencia ruinosa.

Los que así piensan, añaden que el único perjudicado será el contratista de viveres.

Otros sostienen por el contrario, que la ausencia de las muchas familias de penados, a los que el traslado del presidio obligará a variar de residencia, producirá perjuicios a la industria y comercio, a la par que experimentará con tal motivo una baja la renta de consumos.

El director del periódico local «El Mediterráneo» está prestando un buen servicio a las pobres familias de los marinos prisioneros de la escuadra de Cervera, a los que se adeudan seis o siete mensualidades de sus pagas.

Llevado del propósito de hacer una obra de caridad a aquellas infelices madres y esposas, desinteresadamente se ha impuesto la molestia de redactar a estas las solicitudes dirigidas al excelentísimo señor capitán general del Departamento, pidiendo el abono de las referidas pagas e instruyéndolas en todo aquello que pueda conducirles al logro de tan legítima aspiración.

Merece un sincero aplauso esta caritativa acción de nuestro estimado compañero.

Uno de estos días, cantará en la iglesia de la Caridad, el distinguido tenor de ópera, nuestro amigo y paisano Sr. Maestro, que se encuentra de temporada entre nosotros.

El HERALDO DE MURCIA, que desde los comienzos de su publicación ha obtenido en Cartagena acogida tan simpática, cada día resulta más del agrado de este público, que colma de elogios la excelente información telegráfica de ese popular diario.

Hasta otra se despide de V. y esa redacción su affmo. amigo,

EL CORRESPONSAL

14 de Agosto.

UN TAGALO LEAL

El «Diario de Zaragoza» ha publicado una carta de Manila fechada en 27 de Junio, que contiene entre otras la siguiente noticia:

«El célebre capitán José, de Santa María de Pandi, está dando nuevas pruebas de españolismo.

Con las familias españolas que ha podido recoger, se ha fortificado en el pueblo y se mantiene a la defensiva contra los insurrectos que le cercan.

Sería muy conveniente que el gobierno enviara por telegrafo una alta recompensa para ese leal indio, por que levantaría el espíritu y serviría de ejemplo y de estímulo.

Acerca de este indio valeroso y leal a España un colega añade estos curiosos e interesantes detalles:

«D. José J. Sorapio y Pinzón, más comunmente conocido por el capitán José, por haber desempeñado varias veces el cargo de capitán municipal de Santa María de Pandi (Bulacán), es oriundo de Cavite y arraigóse desde sus mocedades en el pueblo citado, donde es tal su prestigio, que su voluntad ha sido siempre acatada por todos, pues le respetan, no solamente por hombre recto, sino por su valentía, demostrada desde hace más de cuarenta años en la activa y afortunada persecución, durante varias y largas épocas, de tulisanes (bandidos) afamados, mereciendo por sus especiales servicios ser condecorado con la medalla del Mérito civil, dos veces con el escudo al valor, y el concedérsele el uso del uniforme de teniente del ejército, por serlo honorario.

Cerca de setenta años tiene, y al estallar la insurrección creó el primer de Septiembre de 1896 una guerrilla de voluntarios que hizo renombra de proezas con unos cuantos fusiles de pistón, por lo que el general Polavieja dióle cuarenta Remingtons, que se disputaban sus doscientos hombres en las varias importantes acciones en que tomaron parte, pues puede decirse que no ha habido combate de alguna entidad en las provincias del centro de Luzón en el que no haya tomado parte la gente del capitán José, que, por otra parte, ha prestado servicios meritorios como guías en la campaña.

A la cabeza de sus voluntarios se ha puesto muchas veces el sexagenario capitán José, que en el famoso ataque y toma de Cacarong de Silé, conquistó la cruz del Mérito militar de segunda clase con distintivo rojo.

El general Primo de Rivera, a instancias del capitán José, concedióle hasta cien Remingtons, subiendo a quinientos el número de servidores de estos fusiles. Su tercio se negó siempre a percibir remuneración alguna del Estado, pues el capitán José consiguió de los vecinos acomodados del pueblo, con él, lo uniformara y socorriera a los necesitados; ni aceptaron tampoco paga cuando fueron oficialmente movilizados en Octubre del año pasado (antes eran llevados de una a otra zona); ni cuando últimamente se les trasformó en tercio de milicias.

A fines de Mayo fué el capitán José a Manila y dijo a un caracterizado jefe militar, a cuyas ordenes se habían batido varias veces él y sus fuerzas:

«La cosa está fatal. Ahí va mi nombramiento de jefe de Bulacán y las cartas que para ejercer ese cargo me ha escrito Aguinaldo. Se ha hecho un disparate en abandonar Cavite, y abandonarlo dejando armas al enemigo.

De allí los rebeldes han cogido en el arsenal 3.000 fusiles. Los yanquis han dado muchos. Aguinaldo habrá comprado otros tantos...

Bulacán está también fatal, y temo que me ahogue el número de partidas bien armadas ante mi negativa a unirme a ellas. Quisiera entregar las armas de mis voluntarios, y que ustedes con cualquier pretexto, me pusieran preso. Así evitaré que, al abandonar Pandi, se venguen en mi familia y en mi gente».

Enterado el general Agustí de lo indicado por el capitán José, dijo que persona de tanto influjo como el capitán José goza no podía hacer eso.

En los primeros días de Junio se dijo en Manila que las partidas de Bulacán, al mando de Gregorio del Pilar, cabecilla de dicha provincia, que volvía de Hong Kong con Aguinaldo, habían sometido a viva fuerza al capitán José; pero noticias posteriores han rectificado la especie, lo que no chocó a los que conocen lo aguerrida que es la gente del capitán José y el dominio absoluto que éste tiene en todo el pueblo de Santa María de Pandi, donde, en la pasada campaña, no consiguieron entrar ni una sola vez las hordas de Aguinaldo, recibiendo duro castigo las veces que lo intentaron.

EL ABANDERADO

Pepe Lopez estudiaba mucho; por la mañana, por la noche, a todas horas; con una constancia a toda prueba, dispuesto a alcanzar uno de los primeros números en la promoción de aquel año.

Su madre, la viuda del capitán Lopez, le animaba cifrando en él sus esperanzas e ilusiones. Si lograba ingresar en la academia, pronto sería teniente y entonces podrían vivir con desahogo y concluirían de criar a los hermanitos más pequeños.

Y Pepe Lopez que de puro formalote parecía un viejo, casi lloraba al escuchar a su madre y estudiaba, estudiaba con verdadero entusiasmo para ingresar en la academia.

El viejo profesor militar que le daba lección gratis, deseoso de hacer bien a la familia de un compañero estaba chiflado con su alumno. El muchacho tenía mucho talento y aprendía las matemáticas con facilidad suma. Era el número uno entre sus discípulos y seguramente iba a obtener un éxito brillante en los exámenes.

Así sucedió en efecto y la viuda del capitán Lopez lloraba, loca de alegría al estrechar entre sus brazos al hijo de su corazón cuando este volvió de

Toledo satisfecho y feliz por haber triunfado, y luciendo ya el marcial uniforme de cadete.

¡Cuántas ilusiones, cuántos proyectos forjó entonces en su imaginación acalorada la pobre madre! Sin duda alguna a su hijo le esperaba un gran porvenir y estaba llamado a ser un general famoso por su valor y su talento. Por talento más bien, porque ella no quería que su Pepe fuese a la guerra.

La situación de la familia iba a cambiar por completo. Dentro de algunos meses, Pepe sería teniente y dejarían de pasar apuros. Con su viudedad y la paguita del muchacho, tendrían más pan y vivirían mejor. Después, Pepe iría ascendiendo y protegería a sus hermanos si éstos se decidían a seguir la carrera de las armas. Y si ella llegaba a faltar, tendrían siempre quien les amparase. ¡Oh! ¡Qué feliz era y cómo la resarcía Dios de los antiguos pesares, ofreciéndole aquel risueño porvenir lleno de consoladoras esperanzas! ¡Qué feliz era y cuán agradecida estaba al Señor por haberla dado aquel hijo tan bueno que iba a ser el báculo de su vejez, el sostén y amparo de toda la familia...

Y la pobre viuda del capitán Lopez reía y lloraba a la vez, y no se cansaba de contemplar a su hijo, ataviado con el uniforme de la gloriosa infantería española, que también habían usado y ennoblecido el padre y el abuelo.

Pasaron dos o tres años, y el joven terminó su carrera. Era casi un niño; comenzaba a apuntarle el bozo y su talle era esbelto como el de una muchacha. Daba gusto verlo luciendo los galones de teniente cuando apenas había cumplido los dieciocho años, y las gentes se detenían en las calles para admirarle. Y como era el más joven y el mejor mozo del regimiento le hicieron abanderado. Entonces, en las formaciones y revistas, Pepe llevaba la bandera llena de orgullo, atrayendo sobre sí las miradas y las simpatías de todos y especialmente de las gentiles muchachas que se asomaban a los balcones para verle pasar y comérselo con los ojos.

La madre de Pepe estaba orgullosísima y no se cansaba de dar gracias a Dios por haberla concedido aquella dicha. Siempre que salía su hijo de casa asomábase ella al balcón seguida de sus pequeñuelos, y todos permanecían allí, hasta que el abanderado se perdía de vista.

Ni un solo domingo dejaba de ir la buena señora a la iglesia donde oía misa el regimiento de Pepe. Iba y venía por el interior del templo, y por fin se colocaba en un rinconcito desde donde podía contemplar al guapo teniente. Y cuando ya en la calle desfilaban los soldados con dirección al cuartel al compás de los marciales sonidos de la banda, aquella madre feliz repetía a todos los que se encontraban a su lado y querían oírlo, que aquel jovencito tan arrogante que llevaba la bandera era su hijo mayor, un santo, un talento que había sido siempre el número uno entre sus compañeros.

Desgraciadamente no duró mucho tiempo la dicha en el humilde hogar de la viuda del capitán Lopez. Vino la guerra, la guerra infame provocada por gentes ambiciosas y foragidos desalmados, y la tranquilidad trocóse en cruel zozobra, y en lágrimas amargas las amorosas sonrisas.

Hubo un sorteo de oficiales y le tocó la suerte al abanderado, que hubiera experimentado una verdadera alegría al ir a la guerra a no ser por el dolor de su madre.

Era Pepe Lopez un muchacho noble y cándido que creía a pies juntillas en todo lo que había leído en los libros y que soñaba a menudo con lauros inmarcesibles y gloriosas batallas. Recordaba con orgullo las hazañas de nuestros generales más famosos y ardía en deseos de entrar en combate para imitarlos.

La madre no cesaba de llorar y recordaba llena de desconsuelo la muerte trágica del esposo, que la había dejado sumida en el dolor y la miseria. No sería también esta la suerte de aquel hijo querido, en el cual cifraba toda su felicidad y todas sus esperanzas?

Se embarcó el joven teniente, y la madre, desolada, al darle el último abrazo y al escuchar los festivos acordes de la «Marcha de Cádiz» que tocaban en aquel instante las bandas de la guarnición, sintió pasar por su lado el frío soplo de la muerte. ¡Y ya no hubo desde entonces consuelo para su terrible penal...

El inexperto jovencito sufrió una decepción cruel. La guerra de Cuba no se parecía en nada a las que él conocía por los libros. El enemigo no se veía por ninguna parte, aunque dejaba en pos de sí tristes pruebas de su existencia y de sus criminales hazañas. Las tropas españolas iban de un lado para otro sin conseguir librar un formal combate. Pepe Lopez sufría mucho por esto y su columna estaba extenuada y harapienta a fuerza de vadear riachuelos y de atravesar mangas y pantanos.

Los soldaditos, resignados y humildes, sucumbían unos tras otros víctimas de la fiebre y del cansancio, y el pobre Pepe Lopez también cayó gravemente enfermo.

Se libró de la fiebre, pero quedó completamente exangüe, anémico, sin fuerzas casi para incorporarse en la cama del hospital, adonde lo habían llevado.

Más que la enfermedad le mataba no obstante, la tristeza. Todas sus ilusiones de joven caudoso habían desaparecido por completo. La guerra tal cual se hacía allí era una carnicería incalificable. Ni una sola batalla que mereciese este nombre, ni un solo enemigo leal. Y él se moría lleno de pena por no haber podido derramar su sangre, su sangre juvenil que le había devorado aquel clima maldito. Ni siquiera tenía la suerte de morir como su padre, como mueren los héroes, en medio del fragor de una batalla.

Se iba extinguiendo poco a poco con el pensamiento fijo en el hogar humilde, atormentado por el recuerdo de su madre, amantísima y de sus pobres hermanos. Y el valeroso joven lloraba, lloraba silenciosamente al considerar la desgracia inmensa que representaba su muerte para la pobre viuda.

Un día le anunciaron que iba a regresar a la Península. Movió la cabeza tristemente y por sus mejillas blancas como el papel, resbaló una lágrima de tristeza infinita.

«Es ya tarde» murmuró con un acento indefinible y de su hundido pecho se escapó un sollozo.

Y no se engañó el pobre Pepe Lopez, pues aquella misma noche lanzó el último suspiro.

Cuando la viuda del capitán supo la muerte de su hijo infeliz, cayó en tierra como herida por un rayo. Mas el amor de madre hacia los otros pedazos de sus entrañas que no tenían más amparo que ella en el mundo, le dió fuerzas todavía para continuar luchando...

CONSTANTINO PIQUER.

Otro nuevo lanza-torpedos

D. Antonio Sanjurjo, dueño de una fábrica de fundición dedicada especialmente a la construcción de rails para vías férreas, al declararse la guerra con los Estados Unidos concluyó la idea de construir una barca lanza-torpedos para defensa del puerto de Vigo.

Con gran actividad, en el breve plazo de dos meses ha construido el aparato, y después de algunos experimentos parciales, el jueves a las seis de la tarde se verificaron las pruebas oficiales.

Estas tuvieron lugar en el puerto, tripulando la barca el Sr. Sanjurjo con dos operarios de su fábrica. Las pruebas de inmersión se hicieron con excelente resultado, permaneciendo la barca sumergida por más de cuarenta y cinco minutos y con una marcha regulada en dos millas por hora.

El aparato es un cuerpo cilíndrico con dos brazos que sirven de acumuladores de aire, que suministra y reparte una bomba interior de facilísimo manejo.

El motor, construido por medio de una combinación de palancas de mano, desplaza tres metros cúbicos. A los brazos van unidos dos tubos

